





DOÑA JOSEFA RAMIREZ.

ROMANCE, EN QUE SE DA CUENTA DE LOS ARROJOS, y valientes arrestos de esta Dama natural de Valencia, y la felicidad con que salió de todos ellos.

PRIMERA PARTE.

A La que es Madre del Verbo,
Maria Señora nuestra,
le pido humilde y postrado
me dé gracia, con que pueda
referirle á mi auditorio
la mas infausta tragedia
y el afortunado caso,
que sucedió á una Doncella;
atencion que ya comienzo.
En la Ciudad de Valencia
nació de muy nobles padres
la hermosa Doña Josefa;
con muy buenos documentos
crióse aquesta Minerva,
que Palas la tuvo embidia
por lo sabia y lo discreta;
Venus se quedó afrentada
solo al mirar su belleza.
Apenas cumplió esta niña
diez y ocho primaveras,
muchos Señores la rondan
sus celosias y puertas,
y entre tantos pretendientes
la adoraba muy de veras
un principal Caballero
Don Pedro de Valenzuela.
Al fin le escribió un villete
con muy rendidas ofertas,
le dió parte de su amor;
la Dama como discreta
con otro le corresponde
á su pretension atenta,
diciendo: Señor Don Pedro,
yo estimo vuestras finezas,
ya sabeis como en mi casa
soy la única heredera,
hallo imposible, señor,
de que mis padres consientan,
que yo con usted me case:
mas esta noche en la rexa

de

de mi jardin os aguardo
á eso de las once y media.
Dios os guarde, Cavallero.
Quien mas te estima y venera
Doña Josefa Ramirez,
una humilde esclava vuestra.
Con esto cerró el villete,
y á un Page con diligencia
le mandó que le llevase,
el qual fue con gran presteza,
y á Don Pedro se lo dió
en propia mano, y le besa.
Rompió la nema y leyó
lo que ya expresado queda,
deseando que la aurora
tendiese el manto de estrellas.
Llegó la citada hora,
y pronto se halló en la rexa,
hizo una seña, y salió
aquella Diosa Minerva,
aquella estrella de Venus,
tan bizarra como honesta.
Saludaronse corteses,
y entre los dos hacen cuenta
que una noche la sacáse;
quando en estas diferencias
le acometen dos traidores
á Don Pedro con violencia.
Dos estocadas le dieron
por la espalda, mas tan recias,
que las heridas crueles
hasta el pecho le penetran;
y como un leon herido
sacó la espada y con ella
á los dos acometió,
pero poco le aprovecha,
que ellos se escapan huyendo,
y el triste joven dió en tierra,
diciendo: difunto soy,
perdoname amada prenda.
Esta voz que oyó la Dama,
cayó amortecida en tierra;
volviendo en sí del letargo,
decia de esta manera:
qué es esto que me sucede!
cielo, qué desgracia es esta!
qué he de hacer, ay de mi triste!
ó fortuna tan adversa!
á donde hallaré yo alivio
á tanto tropél de penas?
Ya no tendré yo sosiego,
hasta que de cierto sepa,
quien fueron los alevosos,
que con tan grande inclemencia
á Don Pedro dieron muerte.
Toda en lágrimas deshecha
jura que se ha de vengar
á pesar de las estrellas.
Se retiró á su aposento,
como una leona fiera,
se despoja de su ropa,
tomando capa y montera,
y un rico coleto de ante
calzon de la misma pieza,
zapatos á lo moruno,
y rica media de seda,
una charpa de pistolas,
tambien su espada y rodela,
y un trabuco que pendiente
de su cintura le lleva.
Luego partió á un contador,
y sacó de una gaveta
hasta doscientos doblones,
y se ausentó de Valencia.
Entre unos montes se oculta,
y de noche daba vuelta,
iba á las casas de juego,
donde todo se conversa.
Jugando estaba una noche
y otros Señores con ella,
sin saber con quien hablaban,
del caso le dieron cuenta.
Dicen con que Don Leonardo
y Don Gaspar de Contreras
sa-

salieron con gran sigilo
de la Ciudad de Valencia.
Doña Josefa responde:
pues qué ocasion les molesta
á esos nobles Caballeros
para salir de su tierra?
quizas iran á algun pleyto
de algunas de sus haciendas,
que quien tiene mayorazgos,
nunca le faltan quimeras.
No es mal pleyto el que les siguen
(ellos dieron por respuesta)
pues son los que dieron muerte
á Don Pedro Valenzuela.
Disimulando su enojo,
respondió con gran reserva:
mucha fuerza se me hace,
mas no es posible que crea,
que esos nobles Caballeros
hiciesen accion como ella,
que fue una accion muy villana,
y le resisten sus venas
sangre noble, y esto basta,
saber que ay quien lo defienda;
y eso no se puede hablar,
sino es por cosa muy cierta.
Sabed que es mucha verdad
lo que os digo, y si no fuera,
nada me importa el decirlo.
Mas ella con gran cautela
respondió: Dios los asista;
y á donde el viage llevan?
Y ellos mismos le informaron,
que iban ácia Cartagena.
Salió del juego, diciendo:
buena suerte ha estado esta;
ya tendrá mi pena alivio,
si se me logra la idéa.
Y montando en un caballo,
que al zéfiro puso rienda,
á Cartagena marchaba
con muy pronta diligencia.

Llegó una tarde feliz
á eso de las dos y media,
y en un meson se acogió,
y dixo á la mesonera:
cuideme de ese caballo,
que yo presto doy la buelta;
y sin desarmarse fué
á la playa, por si encuentra
algunos de sus paisanos,
que el verlos tanto desea.
No los pudo descubrir,
y ácia el meson dió la vuelta,
y á la patrona le dixo,
le previniese la cena,
y que le hiciese la cama
en una quadra que tenga
las ventanas á la calle,
sin darle á entender su idéa.
Apenas anocheció,
pronta se puso á la rexa
de la ventana, escuchando
quanto en la calle conversan.
Oyó decir á unos hombres
aquestas palabras mesmas:
para mañana á la noche
tengo una funcion muy regia
en casa Don Juan Mancilla,
porque en su casa se hospedan
dos famosos Caballeros
naturales de Valencia,
y quiere regocijarlos,
y ha de hacer una Comedia
y otros muchos Entremeses;
mas no quiere que se sepa,
porque en Valencia mataron
á un hombre de grandes prendas.
Tente hombre, no prosigas,
calle ya tu infame lengua,
que no sabes quien te escucha,
porque si bien lo supieras,
no dieras cuenta á tu amigo.
O quanto mas nos valiera
mu-

muchas veces el callar!
que el que no habla, no yerra.
Seneca muy bien lo explica,
que es una de sus sentencias.
Ya satisfecha del caso
se quedó Doña Josefa,
y apenas amaneció,
hizó vivas diligencias
por descubrirlos, y al fin
en la playa los encuentra.
Quando los tubo presentes,
les dice de esta manera:
me conoceis, Caballeros?
sabed soy Doña Josefa,
aquella á quien agraviasteis
en la Ciudad de Valencia;
vengo á tomar la venganza
por Don Pedro Valenzuela,
que habiendo muerto á mi amãte,
poco importa qué yo muera.
Sacan los tres las espadas,
y á la batalla se aprestan,
y á dos idas y venidas
le alcanzó Doña Josefa
al valiente Don Leonardo
una estocada tan recia,
que lo pasó por el pecho,
dando con él en la tierra.
Esto que vió Don Gaspar,
cerró con Doña Josefa;
mas poco le aprovechó,
porque ella con gran destreza
le quitó de la cintura
una almarada, y con ella
lo pasó por el costado,
y ambos difuntos los dexa.
Se alborotó la Ciudad,
y acudió con gran presteza
el Señor Gobernador,
para llevarsela presa.
Mas ella con arrogancia
dixo: sepa Vuexcelencia,
que mi espadá á nadie temè,
aunque un exército venga;
dixo, y chocando con ellos,
á uno toma y á otro dexa.
Tres Ministros le mató,
y en medio de esta refriega
se le ha quebra do la espadâ
echó mano con presteža
al trabuco que tenia,
y á barrer la calle empieža.
Tan buena traza se daba
á disparar, que se lleva
dos ó tres de cada tiro,
y la calle le franquean,
con que llegó á refugiarse
dentro de la misma Iglesiá
del Seráfico Francisco
adonde á curarse queda
dos balazos, pues llevaba
muy mal herida una piernâ.
Buena ya de su accidente,
pidió á los Padres licencia
para salir del Convento,
y mandó que le traxeran
el caballo que tenia
en un meson de alli cercâ.
Fue un donado y se lo traxo,
y agradeció la fineza;
sin ser de nadie sentida
se salió de Cartagena.
Y ahora Pedro de Fuentes
á aquesta plana primera
da fin, que en la otra segunda
dará noticias enteras
en lo que vino á parar
la hermosa Doña Josefa.

Con licencia: En Córdoba en la Imprenta de Don Juan Garcia Rodriguez de la Torre, Calle de la Librería.